

cesariamente imperfectos, sin lo cual no habria nunca dos en el mundo. ¡Dichosos aquellos que encarnan en los espíritus y en las almas el gusto sagrado de lo verdadero, lo bello y lo bueno! Pero los sistemas filosóficos siguen las costumbres de su tiempo mejor que dirijen á este; reciben el espíritu que los anima de manos de su siglo. Transportada á Francia hácia el fin de la Regencia, y bajo el reinado de Luis XV, la filosofía de Locke ha dado origen á una célebre escuela, que por largo tiempo dominó en las inteligencias, y que todavía subsiste entre nosotros protegida por viejas ideas, pero en contradiccion radical con las instituciones nuevas y los nuevos deseos. Salida del seno de las tempestades, mecida su cuna por una revolucion espantosa, elevada y sostenida por el génio de la guerra, el siglo XIX no puede reconocer su imájen y encontrar sus naturales instintos en una filosofía nacida á la sombra de las delicias de Versalles, admirablemente concebida para la decrepitud de una monarquía arbitraria, mas no para la vida laboriosa de una jóven libertad rodeada de peligrosos escollos. Nosotros, despues de haber combatido la filosofía sensualista en la metafísica que ella ha sustituido al cartesianismo, y en la deplorable estética, tan acreditada hoy, y con la cual sucumbe nuestro gran arte nacional, no titubeamos en combatirla aun en la moral que necesariamente debió producir, la moral del interés.

La esposicion y refutacion de esta pretendida moral será el objeto de la próxima y subsiguiente leccion.

## LECCION XI.

### De la moral del interés (1).

*Esposicion de la doctrina del interés.—Lo que hay de verdad en esta doctrina.—Sus defectos.—Primero. Confunde la libertad y el deseo, y como consecuencia de esto, declara abolida la libertad.—Segundo. No puede explicar por sí la distincion fundamental entre el bien y el mal.—Tercero. Tampoco puede explicar la distincion entre la obligacion y el deber.—Cuarto. No puede explicar el derecho.—Quinto. Es impotente para explicar el principio del mérito y del demerito.—Consecuencias de la moral del interés.—Demostracion de que por medio de esta moral no podemos admitir una Providencia.—La moral del interés nos conduce directamente al despotismo.*

La filosofía sensualista, partiendo de un hecho único, la sensación agradable ó penosa, conduce necesariamente en moral á un principio único: el interés. Hé aquí el conjunto de su sistema.

El hombre es sensible al placer y al dolor. Solicita con ansia el primero, rechaza fuertemente el segundo. Este es su primer instinto, instinto que no le aban-

(1) Sobre la moral del interés, véase mi obra *Primeros ensayos de filosofía*, curso de 1817. *Del verdadero principio de la moral*, y sobre todo la obra *Filosofía sensualista*, lecciones IV y V, refutacion de la doctrina de Helvecio y de San-Lambert.

dona jamás. El placer puede cambiar de objeto, puede variar de mil diferentes maneras, pero cualquiera que sea la forma que tome, placer físico, placer intelectual ó placer moral, es siempre el placer objeto de las pesquisas é indagaciones del hombre.

Lo agradable generalizado es lo útil, y la mas gran suma de placer posible, cualquiera que sea este, no concentrado en un solo momento del tiempo, sino durable y permanente, constituye la *dicha*.

La dicha, lo mismo que el placer, es relativo con respecto á aquel que lo siente y tiene un carácter esencialmente personal. Está y reside solamente en nosotros cuando amamos el placer y la dicha.

El interés es el resorte que nos mueve á solicitar con ansia ante todas cosas nuestro placer y nuestra dicha.

Si la dicha es el objeto único de la vida, el interés es el móvil único de todas nuestras acciones.

El hombre no es sensible sino á su interés, ya le entienda bien, ya mal. Necesita del arte para ser dichoso. No vayamos á entregarnos á todos los placeres que continuamente se presentan á nuestra vista sin examinar antes si estos placeres no esconden mas de un dolor. El placer presente no lo es todo, fuerza no es pensar en el porvenir, es necesario tener el suficiente valor para renunciar á los goces que nos pueden traer pesares y llantos, es preciso que se sacrifique el placer á la dicha, es decir, al placer mas durable y que menos embriaga. Los placeres del cuerpo no son los únicos placeres que existen, hay tambien placeres puramente espirituales. El sabio los atempera unos con otros.

La moral del interés no es otra cosa que la moral

del placer perfeccionado, sustituyendo la dicha al placer, lo útil á lo agradable, la prudencia á la pasión. Ella admite lo mismo que el género humano las palabras bien y mal, virtud y vicio, mérito y demérito, pena y recompensa, pero estas palabras las explica ella á su modo y manera. El bien es para esta moral aquello que á los ojos de la razón está conforme con nuestro verdadero interés, el mal es lo que le es contrario. La virtud es aquella sabiduría que sabe resistir á la fuerza de las pasiones, que discierne lo que es verdaderamente útil y se dirige con seguridad á la dicha. El vicio es ese extravío de espíritu y de carácter que sacrifica la dicha á los placeres sin duración ó llenos de peligros. El mérito y demérito, la pena y la recompensa son las consecuencias de la virtud y del vicio, por no haber buscado la dicha por el camino de la sabiduría. La moral del interés no pretende arruinar ninguno de los deberes consagrados por la opinion comun; establece que todos están conformes con nuestro interés personal, y por esto son deberes. Hacer el bien á la humanidad es el mas seguro medio para que los hombres nos colmen de bienes, es tambien medio poderosísimo para adquirir su estimacion, su benevolencia, sus simpatías, siempre agradable, frecuentemente útil. El desinterés tiene tambien su explicacion. No hay duda que no existen ningun desinterés en el sentido vulgar de esta palabra, en un verdadero sacrificio, pero le hay en el sacrificio de un interés presente á un interés futuro, de una pasión sensual y grosera á un placer mas delicado y noble.

Alguna vez se equivoca en el placer que solicita y necesitando ver claro en su propio corazón se

inventa esta quimera del desinterés, cuya naturaleza es incapaz de comprender.

Convengamos en que esta esposicion de la moral del interés no está recargada, y es una copia fiel de la doctrina que entraña.

Vayamos mas lejos aun: reconozcamos que esta moral es una reaccion estrema, pero legitima hasta cierto punto contra el rigor escesivo de la moral estoica, y sobre todo de la moral ascética que ahoga la sensibilidad en vez de regularla y por salvar al alma de las pasiones, le manda sacrificar todos los instintos de la naturaleza, cosa muy semejante á un suicidio.

El hombre no ha sido creado, ni para ser un sublime esclavo como Epicteto, soportando con gusto su desgracia, ni como pretende Pascal, cuya hermana llamabá á la muerte como término á su continua penitencia y á su muda adoracion. Las pasiones tienen su razon de sér en los deseos de la humanidad. Suprimid las pasiones y entonces acontecerá lo que al navio que, fulto de viento, está en perfecta calma. Suponed un sér que carezca de amor para consigo mismo, de instinto de conservacion, de horror al sufrimiento y á la muerte, que no tenga gusto, ni por el placer, ni por la dicha, destituido, en una palabra, de todo interés personal; un sér semejante no resistirá por mucho tiempo á las innumerables causas de destruccion que le rodean, y no durará ni un solo dia. Nunca una sola familia, jamás la menor sociedad podrá formarse ni mantenerse. El creador del hombre no ha confiado el cuidado de su obra solamente á la virtud, al sacrificio y á una caridad sublime, sino que ha querido que la duracion y el desenvolvimiento de las razas y

de la sociedad humana, estuviesen asentados sobre mas siples y seguros fundamentos, y ved aquí por qué ha dado al hombre el amor de sí mismo, el instinto de la conservacion, el gusto por el placer y por la dicha, las pasiones que animan y vivifican la vida, la esperanza y el temor, el amor y la ambicion, el interés personal, en fin, móvil, poderoso, permanente y universal que mejora sin cesar nuestra condicion en la tierra.

No disputamos á la moral del interés la verdad de su principio, estamos convencidos que este principio es muy real y que tiene su razon de sér. La sola cuestion que sentamos es esta: el principio del interés es verdadero en sí mismo, pero ¿acaso no existen otros principios tan verdaderos y legitimos como él? El hombre busca con avidez el placer y la dicha, pero ¿no tiene otros deseos y otros sentimientos tan poderosos y tan vivos como estos?

De la misma manera que la existencia del cuerpo no impide ni estorba la del alma y reciprocamente, lo mismo en el seno amplisimo de la humanidad y en el designio profundo de la Providencia divina los principios mas diferentes no se escluyen entre sí.

La filosofia sensualista llama en su apoyo sin cesar á la esperiencia. Tambien nosotros la invocamos, pues la esperiencia es la que nos ha dado los hechos ciertos que hemos narrado en la leccion anterior, y que componen las primeras nociones del sentido comun. Nosotros admitimos los hechos que sirven de fundamento al sistema del interés, pero rechazamos dicho sistema. Los hechos, en su justo limite, son verdaderos; el sistema es falso al atribuirles un valor escesivo, y es tam bien falso porque niega otros hechos incontestables.

bles. La primer ley de una sana filosofía es recojer todos los hechos reales, y respetar las diferencias reales tambien que distinguen á los hechos. Lo que busca y solicita ante todo, no es la unidad, sino la verdad (1). Lejos de esto está la moral del interés, pues que mutila la verdad, escoje entre los hechos aquellos que le convienen, y repudia los demás, los cuales son precisamente los elementos mismos de la moral. Exclusiva é intolerante niega lo que no puede explicar, y forma un todo muy bien unido, que podrá tener su mérito como obra de arte, pero que se rompe en menudos fragmentos al encontrar la naturaleza humana con sus diversos é incontestables poderes.

Vamos á demostrar que la moral del interés, salida de la filosofía sensualista, está en contradicción con cierto número de fenómenos que presenta la naturaleza humana á cualquiera que la interroge sin espíritu sistemático.

Primero. Hemos establecido no en nombre de un sistema, sino en nombre de la esperiencia mas vulgar, que la humanidad entera cree que existe en cada uno de sus miembros una cierta energía llamada libertad. Porque cree que la libertad está en el individuo, quiere que esta libertad sea respetada y protegida en la sociedad. La libertad es un hecho que la conciencia de cada uno de nosotros nos lo atestigua, y que está desenvuelta en todos los fenómenos morales que hemos señalado, en la aprobacion y desaprobacion moral, en la estimacion y el menosprecio, en la admiracion y la indignacion, en el mérito y demérito,

(1) Sobre el peligro de buscar ante todo la unidad, véase en los *Fragmentos de filosofía contemporánea* nuestro *Exámen sobre las lecciones de M. Laromiquiere.*

en la pena y el castigo. Preguntemos á la filosofía sensualista y á la moral del interés qué es lo que hacen de este fenómeno universal que supone todas las creencias de la humanidad, y sobre el cual está asentada la vida entera, tanto pública como privada.

Todo sistema de moral, cualquiera que sea, que contenga, no ya una regla, sino un simple consejo, admite implícitamente la libertad.

Al aconsejar al hombre la moral del interés, el sacrificar lo agradable á lo útil, aparentemente admite que el hombre es libre, es seguir ó no su consejo. Pero en filosofía no basta admitir un hecho; es preciso tener derecho para admitirle. Mas la mayor parte de los moralistas del interés niegan la libertad del hombre, y ninguno tiene derecho de admitirla en un sistema que saca el alma humana toda entera con sus facultades, y sus ideas de solo la sensacion y de sus desenvolvimientos sucesivos.

Cuando una sensacion agradable, despues de haber encantado nuestra alma la deja y se desvanece, el alma siente una especie de sufrimiento, una falta, un deseo, se agita y está inquieta. Esta inquietud, vaga é indecisa, se determina bien pronto, dirijese hácia el objeto que nos encantó y hechizó, y cuya ausencia nos hace padecer. Este movimiento del alma mas ó menos vivo, es el *deseo*.

¿Existe en el deseo alguno de los caracteres de la libertad? Cada uno sabe que es libre cuando sabe que es dueño de sus acciones. Nosotros somos libres cuando antes de obrar tomamos la resolucion de hacerlo, sabiendo bien que podríamos hacer lo contrario. El acto libre es, pues, este; cuando sé que al testimonio infalible de mi conciencia yo soy la causa, entonces yo

me reconozco responsable. Mil movimientos pueden producirse en mí, y estos movimientos pueden simular actos voluntarios á los ojos del observador exterior, pero yo no me engaño, todo error es imposible en la conciencia, y ella distingue con certidumbre todo acto forzado, cualquiera que sea, de un acto voluntario.

La verdadera actividad es la actividad voluntaria y libre. El deseo es su opuesto. El deseo llevado á su mas alto punto, es la pasion; pero la lengua, lo mismo que la conciencia, nos dicen que el hombre es pasivo en la pasion, y cuanto mas viva es la pasion mas imperiosos son sus movimientos, y cuando la pasion se aparta del tipo de la verdadera actividad, entonces el alma á sí misma se gobierno.

Yo no soy mas libre en el deseo que en la sensacion que la precede y le determina. Si ante mí se presenta un objeto agradable, ¿podré yo no conmoverme agradablemente? Si este mismo objeto es penoso, ¿podré no afectarme dolorosamente? Y de la misma manera cuando esta sensacion agradable desaparece, si la memoria y la imaginacion la presentan ante mis ojos, ¿podré yo permanecer indiferente á tan agradable recuerdo? ¿podré yo no desear nuevamente sentir esta sensacion, que solo ella puede apagar la inquietud y el sufrimiento de mi alma?

Observad bien lo que en vosotros pasa cuando estais afectados por el deseo; reconocéis entonces en vosotros un ciego arrojito, que sin ninguna deliberacion por vuestra parte, y aun sin intervencion de vuestra voluntad, se eleva ó se estingue, acreciéntase ó disminuye. No se desea y no se cesa de desear segun la voluntad de cada uno.

La voluntad unas veces combate el deseo, y otras

cede á él. La voluntad no es, pues, el deseo. No se recusan las sensaciones que los objetos envian, ni menos aun los deseos que estas sensaciones engendran; pero si se recusa el consentimiento de la voluntad hácia estos deseos y los actos que les siguen, pues estos actos están en nuestra mano.

El deseo está tan poco unido á la voluntad, que declarando abolida á ésta, arrastra al hombre á actos, ó mejor á movimientos que no son deducidos por él, porque no son voluntarios. Esto es el refugio de los que cometen alguna maldad, atribuyen sus faltas á la violencia del deseo y de la pasion, que no les ha dejado dueños de sí mismos, y que se ha sobrepuesto á su voluntad.

Si el deseo fuese el fundamento de la voluntad, cuanto mas fuerte y violento fuese el deseo, mas libres seriamos nosotros. Sucede todo lo contrario. A medida que aumenta la violencia del deseo, el poder del hombre sobre sí mismo disminuye, y á medida que el deseo se debilita y que la pasion se estingue, el hombre vuelve á entrar en posesion de sí mismo.

No diré yo que no tengamos ninguna influencia sobre nuestros deseos. Porque dos hechos difieran uno de otro, no es necesario que estén sin relacion entre sí. Alejando ciertos objetos ó solamente apartando nuestro pensamiento del placer que nos pueden producir, podemos hasta un cierto punto desviarnos y eludir los efectos sensibles de estos objetos, juntamente con los deseos que pudiesen escitar en nosotros. Deseando ciertos objetos, procuramos en alguna manera hacer nacer en nosotros sensaciones y deseos que no son mas voluntarios que lo sería la impresion percibida en nosotros por una piedra con la cual nosotros

mismos nos golpearíamos. Si cedemos á estos deseos, se les dá nueva fuerza, al paso que por una hábil resistencia podemos moderarlos. Podemos ejercer alguna influencia sobre los órganos de nuestro cuerpo, y aplicándoles un régimen apropiado, llegaremos hasta modificar sus funciones. Todo esto prueba que existe en nosotros un poder diferente de los sentidos y del deseo, que sin disponer de ellos tiene sobre los mismos cierto indirecto poder.

La voluntad dirige también la inteligencia aunque no sea dicha facultad. Querer y conocer son dos cosas esencialmente distintas. Nosotros no juzgamos como queremos, sino según las leyes necesarias del juicio y del entendimiento. El conocimiento de la verdad no es una resolución de la voluntad. La voluntad no es la que dice, por ejemplo, que un cuerpo cualquiera se halla en el espacio, que todo fenómeno tiene una causa etc. Sin embargo, la voluntad puede mucho sobre la inteligencia. Libre y voluntariamente trabajamos nosotros, libre y voluntariamente prestamos una atención más ó menos profunda á ciertas y determinadas cosas, por consecuencia la voluntad es la que desenvuelve y acrecienta la inteligencia de la misma manera que podría dejarla extinguir y apagarse. Preciso es, pues, confesar y reconocer que existe en nosotros un poder supremo que preside á todas nuestras facultades, lo mismo á la inteligencia que á la sensibilidad que las gobierna y las entrega á su natural desenvolvimiento, haciendo aparecer en su misma ausencia el propio carácter que les pertenece, ya que el hombre que es justo confiesa que no es dueño de sí, y tanto es esto verdad como que la personalidad humana reside muy particular-

mente en este eminente poder llamado voluntad (1).

¡Singular destino el de este poder tan frecuentemente desconocido y por lo tanto tan manifiesto! Estraña confusión la de la voluntad y el deseo que se encuentra en las más opuestas escuelas, Spinoza y Malebranche, Condillac y Reid, la filosofía del siglo XVII y la del XVIII. La una contempladora de la humanidad por una piedad extrema y mal entendida, quita al hombre su libertad propia para concentrarla con Dios (2); la otra la trasporta á la naturaleza. Instrumento de otro, el hombre no es aquí sino un modo de Dios, ó un producto de la naturaleza. Una vez que el deseo se aprecia como el tipo de la actividad, se disminuye la libertad. Una filosofía menos sistemática conformándose con los hechos, llega por medio del sentido común á mejores resultados. Distinguiendo el fenómeno pasivo del deseo del poder determinarse libremente, restituye la verdadera actividad que caracteriza á la personalidad humana. La voluntad es el signo infalible y la virtud propia de un ser real y efectivo. ¿Cómo, pues, lo que no es más que un modo de otro ser encuentra en su ser prestado un poder capaz de querer y de producir actos de los que él se sentirá la causa y la causa responsable?

Si la filosofía sensualista partiendo de un fenómeno pasivo no puede explicar la verdadera actividad, la actividad voluntaria y libre, podremos considerar como demostrado que esta misma filosofía no puede

(1) Sobre la diferencia entre el deseo, la inteligencia y la voluntad. Véase la primera parte de esta obra, lección I, y los *Fragmentos de filosofía contemporánea*. Lecciones de M. de Laromiquière. Introducción á las obras de M. de Biran.

(2) Véase nuestra obra *Historia general de la filosofía*, lecciones VIII y X.

dar una verdadera moral, pues toda moral supone la libertad. Para imponer reglas de conducta á un sér, es preciso é indispensable que este sér sea capaz de cumplirlas ó de violarlas. Lo que constituye el bien ó el mal de una accion, no es la accion misma; es la intencion que la ha determinado. Ante todo tribunal recto é imparcial, el crimen está en la intencion con que se comete, y á esta intencion es á quien se castiga. Allí donde no resida la libertad, no hay pues (segun lo que llevamos dicho), mas que deseo y pasion, nada de moralidad subsistirá allí. No queremos descartar la cuestion prévia, la moral de la sensacion. Vamos á examinar su principio y á demostrar que no se puede sacar de este principio ni la idea del bien ni del mal, ni ninguna de las ideas morales que se incluyen en esta.

Segundo. Segun la filosofia sensualista, el bien no es otra cosa que la utilidad. Sustituyendo lo util á lo agradable, sin cambiar de principio, se procura un cómodo refugio contra muchas dificultades; pero siempre se podrá distinguir el interés bien entendido del interés aparente y vulgar. Mas bajo esta forma (poco mas sutilizada) la doctrina que venimos examinando no desiruye en modo alguno la distincion entre el bien y el mal.

Si la utilidad es la medida única de la bondad de las acciones, ¿no deberé considerar que cuando se me propone hacer una accion qué ventajas me podrán resultar?

Así, quiero suponer que un amigo cuya inocencia me es conocida, de repente cae en desgracia de un rey ó de la pública opinion, maestra mas imperiosa y envidiosa que todos los reyes, que si le soy fiel y

y no me separo de él, corro grandes peligros, y si me separo obtendré grandes ventajas; si por una parte el peligro es cierto, y si por otra la ventaja es infalible, es claro que ó debo abandonar á mi desgraciado amigo, ó debo reconocer el principio del interés, del interés bien entendido.

Pero se me dirá pensais en la incertidumbre de las cosas humanas, pensais que la desgracia os puede alcanzar tambien, y no abandonais á vuestro amigo por temor de veros abandonado algun dia.

A esto respondió yo; el porvenir es incierto, mas el presente es ciertísimo; si pudiese sacar grandes y evidentes ventajas de una accion, seria absurdo sacrificarlas á la suerte de una desgracia posible. Por otra parte, yo creo que todas las probabilidades del porvenir están en favor mio; hé aqui la hipótesis que acabamos de hacer.

No me hableis de la opinion pública. Si el solo y único principio razonable es el interés personal, la razon pública debe estar conmigo. Si estuviese contra mí, seria esto una objecion contra la verdad del principio. Pero ¿de qué manera un principio verdadero, razonablemente aplicado, sublevaria la conciencia pública?

No me opongaish los remordimientos. ¿Qué remordimientos puedo sentir yo por haber seguido la verdad, si el principio del interés es efectivamente la verdad? Al contrario, yo deberia sentir una satisfaccion.

Pensando en las recompensas y castigos de la vida futura. Pero ¿cómo creer en otra vida en un sistema que incluye la conciencia humana en los limites de la sensacion trasformada?

Yo, pues, ningun motivo tengo para guardarle fide-

lidad á mi amigo. Y sin embargo, el género humano me impone esta fidelidad y si falto á ella estaré deshonrado.

Si la dicha es el objeto supremo, el bien y el mal no residirán en el acto mismo sino en sus funestos ó dichosos resultados.

Fontenelle, viendo conducir un hombre al suplicio, dijo: «Hé ahí un hombre que ha calculado mal.» De donde se deduce que si dicho hombre haciendo lo que hizo hubiese escapado al suplicio, hubiera calculado bien, y su conducta hubiese sido loable. La acción sería pues buena ó mala, según fuese su éxito. Todo acto sería indiferente por sí mismo, la suerte sería la que lo calificara.

Si lo honesto no es mas que lo útil, el génio del cálculo sería la sabiduría por excelencia ¡qué digo! sería la misma virtud.

Pero este génio no se estiende á todo el mundo. Supone con una larga esperiencia de la vida, una mirada segura capaz de discernir todas las consecuencias de las acciones, una fortísima y vasta cabeza para abrazar y pesar sus diversas fortunas. El jóven, el ignorante, el pobre de espíritu, no podrian distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto. Y aun suponiendo la prudencia mas consumada ¡qué sitio no quedaria aun para el azar y la imprevisión en la profunda oscuridad de las cosas humanas! Verdaderamente que en el sistema del interés bien entendido, es preciso poseer una gran ciencia para ser un hombre justo. Se necesita poseer mucha mas que en la virtud ordinaria cuya divisa ha sido siempre: Hago lo que debo, adivine quien pueda (1). Pero este principio es precisamente

(1) Véase nuestra obra *Filosofía sensualista*, lección IV, Hel-

lo contrario del principio del interés. Es preciso elegir entre los dos. Si el interés es el principio único reconocido por la razón, el desinterés es una mentira y un delirio, y además un mónstruo incomprendible en toda naturaleza humana bien ordenada.

Cuando la humanidad habla de desinterés, no comprende en manera alguna ese sábio egoísmo que se priva de un placer por otro mas seguro, mas delicado ó mas duradero. Nadie ha creído jamás que la naturaleza del desinterés tuviese alguna semejanza con el placer afectado. El desinterés (en su sentido etimológico) solo se aplica al sacrificio de un interés cualquiera que sea, á una causa pura, libre y exenta de todo interés individual ó colectivo. Y no solamente el género humano entiende de esta manera el desinterés, sino que cree que tal interés es posible y existe, y cree capaz de él al alma humana.

vecio. «En la doctrina del interés, todos buscan lo útil, pero nadie está seguro de alcanzarlo. Se puede á fuerza de prudencia y de combinaciones profundas, acrecentar en favor suyo la suerte de los sucesos, y nunca consigue el hombre mas que un resultado probable. Al contrario sucede en la doctrina del deber; allí siempre se está seguro de alcanzar el último objeto que se proponga el hombre, el bien moral. Yo arriesgo mi vida por salvar la de mi semejante; si por desgracia yo yerro, no se me podrá decir que me escape de hacer el bien posible; yo he querido hacerlo, y en cuanto está de mi parte lo he cumplido. El bien moral, consistiendo sobre todo en la intención virtuosa, está conmigo, á mi lado; en cuanto al bien material que puede resultar de la acción misma, la Providencia sola es la que absolutamente dispone. Felicitémonos, pues, de que haya colocado nuestro destino moral en nuestras mismas manos, haciéndole depender del bien y no de la utilidad. La voluntad para obrar en las penosas pruebas de la vida, necesita estar sostenida por la certidumbre. ¿Quién habria que estuviese dispuesto á dar su sangre por un objeto, un blanco incierto? El suceso es un complicado problema que para ser resuelto exige todo el poder del cálculo de las probabilidades. ¿Qué trabajo tan inmenso, y cuantas incertidumbres entraña semejante cálculo! La duda es una triste preparación para la acción. Pero cuando ante todo se propone hacer su deber, se obra sin ninguna perplejidad. Hago lo que debo, adivine quien pueda, es una divisa, divisa que nunca engaña. Con un blanco semejante, se está seguro de no solicitarla nunca en vano.»

La humanidad admira y admirará siempre el sacrificio de Régulo yendo á buscar lejos de su patria una muerte afrentosa pero noble y digna, cuando solamente con faltar á su palabra hubiese podido vivir tranquilo en medio de su familia y de sus compatriotas (1).

Diráse ahora: la gloria, la pasion por la gloria es lo que inspiró á Régulo, de esta manera el interés explica muy bien el aparente egoismo del viejo romano. Sin embargo, convenzámonos que esta manera de entender el interés es absurda hasta el ridiculo, y que los héroes en este caso no serian sino unos egoistas bien torpes é inconsecuentes. Con esta teoría llegaríamos al extremo de afirmar que el hombre no debería pensar sino en sí mismo, y no conociendo ninguna ley, ningun principio de accion, seria el interés su solo y único móvil.

Tercero. Si no hay ni existe la libertad, si no hay ninguna distincion esencial entre el bien y el mal, si no hay mas que interés bien ó mal entendido, entonces no puede existir la *obligacion*.

Es por cierto bien evidente que la obligacion supone un sér capaz de cumplirla, y que el deber no se aplica sino á un sér libre. A mas la naturaleza de la obligacion es de tal manera que si faltamos á ella nos sentimos culpables nosotros mismos, mientras que si en lugar de entender bien nuestro interés le entendemos mal, no se sigue de aquí mas que una sola cosa, á saber: que entonces somos unos desgracia-

(1) ¿Qué ejemplo mas grande de desinterés y de sublimidad que el que nos ofrece Alfonso Perez de Guzman en la heroica y memorable defensa de Tarifa? En verdad que esta es una de las páginas mas gloriosas y mas levantadas de nuestra brillante historia nacional.  
(N. DEL T.)

dos. Pero ¿ser culpable y ser desgraciado es la misma cosa? Aquí hay dos ideas radicalmente diferentes. Podeis hacerme comprender bien mi interés bajo pena de caer en alguna desgracia, pero no podeis mandarme que vea claro en mi interés bajo pena de algun crimen.

Nunca se ha considerado la imprudencia como un crimen. Más pronto se la acusa como nociva que como propia de algun vicio del alma como la presuncion y la debilidad.

Ya lo hemos dicho antes, nuestro verdadero interés es de un discernimiento muy difícil. La obligacion es siempre inmediata y manifiesta. En vano la combaten el deseo y la pasion, en vano el razonamiento que la pasion arrastra consigo como un dócil esclavo tiende á ahogarla bajo un monton de sofismas, hasta el instinto de la conciencia, es suficiente un solo grito del alma, una intuicion viva y segura sobre la razon tan diferente del racionio para rechazar todos los sofismas y hacer comparecer la obligacion.

Por mas fuertes que sean las solicitudes del interés, se puede siempre entrar en arreglo con el mismo. Hay mil maneras para ser dichoso. Algunos me aseguran que conduciéndome de tal ó cual manera llegaré al colmo de la fortuna. Si, pero yo estimo en mas la tranquilidad de mi conciencia que los mayores goces mundanos, y segun el solo punto de la dicha y de la felicidad, no es mucho mejor la actividad que la pereza. Nada mas difícil que aconsejar á alguno su verdadero interés, nada mas fácil que rendirle honor.

Despues de todo, en la práctica, la utilidad se resuelve por lo agradable, es decir, en el placer. Pero

el hecho del placer depende del humor y del temperamento del hombre. Desde que no hay ni bien ni mal, no hay placeres mas ó menos nobles, mas ó menos elevados, ya no existen sino placeres mas ó menos agradables. Esto solo corresponde á la naturaleza de cada uno de nosotros, y hé aqui por qué el interés es tan caprichoso. Cada uno lo entiende como mejor le place, porque cada uno es juez de aquello que le agrada. Algunos son mas amantes de los placeres que lisonjean ó agradan á nuestros sentidos, otros se apasionan por los placeres del espíritu ó del corazón. A este la pasión de la gloria ocupa toda su alma, á aquel el placer de la dominación le parece muy superior al de la gloria. Cada hombre tiene sus pasiones propias, cada hombre entiende, pues, su interés de diferente manera, y aun mi interés de hoy está muy lejos de ser mi interés de mañana. Las alteraciones de la salud, la edad y otras varias causas modifican nuestros gustos de mil distintas maneras. Nosotros cambiamos con harta frecuencia y al cambiar nuestra naturaleza se modifican nuestros deseos y nuestros intereses.

No sucede así con la obligación. O no es nada, ó es absoluta. La idea de obligación implica la de alguna cosa inflexible. Esto solo es ya un deber, del cual no podemos desligarnos en manera alguna, ni bajo ningún pretexto, y tiene un mismo título para todos los hombres. Es una cierta cosa, ante la cual todos los caprichos de mi espíritu, de mi imaginación y de mi sensibilidad, deben desaparecer; esta es la idea del bien con la obligación que entraña consigo. A este mandato supremo, ni me es dado oponer mi humor ó temperamento, las circunstancias porque atravieso, ni

aun las dificultades. Esta ley ni admite dilación, ni acomodamiento, ni excusa. Cuando habla, sea el lugar que quiera, la circunstancia que quiera, la disposición que quiera, no hay mas remedio que obedecerla. Es verdad que podemos eludir sus mandatos, que nos es dable desobedecerla, pues somos libres, pero toda desobediencia á esta ley nos parecerá á nosotros mismos una falta mas ó menos grave y un mal empleo de nuestra libertad. Y la ley violada tiene su sanción penal inmediata en los remordimientos que la conciencia nos impone.

Y pregunto ahora, ¿estoy obligado á ser dichoso? ¿Puede la obligación recaer sobre la dicha, es decir, sobre una cosa que me es igualmente imposible de buscar siempre y de obtener á mi voluntad? Si estoy obligado es preciso que yo pueda cumplir la obligación impuesta. Pero mi libertad no puede gran cosa sobre la dicha que depende de mil circunstancias independientes de mí, mientras que lo puede todo basada en la virtud, pues la virtud no es mas que un empleo de la libertad. Además, la dicha no es en sí moralmente ni mejor, ni peor que la desgracia. Si yo entiendo mal mi interés, seré castigado por el arrepentimiento, no por los remordimientos. La desgracia podrá abrumarme y oprimirme, mas no por esto me envilecerá nada, si no es la consecuencia de algún vicio de mi alma.

No por esto queremos renovar el estoicismo antiguo y decir al dolor: Tú no eres un mal. Nada de esto. Nosotros aconsejamos mucho evitar el dolor, tanto como se pueda, entender bien el interés de cada uno, huir la desgracia y buscar la dicha. Gran caso hacemos de la prudencia. Queremos sentar y establecer